

metió á abrir de nuevo las iglesias de Moscou, á celebrar allí el culto divino, y hasta á orar por su soberano legítimo, el emperador Alejandro. Finalmente, no para divertirse, pues no tenia necesidad de ello, sino para distraer á sus oficiales, y sobre todo para dar pan á pobres franceses, que ejercian el oficio de cómicos en Rusia, tambien dispuso que se volvieran á abrir los teatros, y rodeado de una brillante corte militar asistió á las representaciones dramáticas, que hacian poco antes las delicias de la nobleza rusa, esforzándose lo posible por resucitar el cadáver de la desventurada Moscou. Luego pasaba las noches en despachar los negocios administrativos de su imperio, que una estafeta, empleando desde París diez y ocho dias, le llevaba muchas veces á la semana. En ocasiones le atraian á las ventanas del Kremlin de pronto columnas de humo que se elevaban de vez en cuando del incendio que aun consumia sordamente la ciudad sin ventura. Confiado, al hacer memoria de tantos peligros superados gloriosamente, triste cuando veia el abismo en que se habia metido tan hondo, nada se pintaba en su rostro soberbio de sus agitaciones internas, porque ni un corazon habia en torno suyo, al cual quisiera exponer á la carga ominosa de sus confianzas. Asi, tan pronto tranquilo como inquieto, pudiendo aun operar un prodigio despues de haber dado cima á tantos, allí estaba dentro del antiguo palacio de los czares, en el solsticio de su pujanza, esto es, en aquella especie de tiempo indeterminado que separa la época de la mayor elevacion y de la declinacion de los astros.

LIBRO CUARENTA Y CINCO.

El Bereziua.

Estado de los ánimos en San Petersburgo. — Entrevista del emperador Alejandro y del principe real de Suecia en Abo. — Plan de operaciones sobre la retaguardia del ejército francés temerariamente empeñado hasta Moscou. — Refuerzo de las tropas de Finlandia enviado al conde de Wittgenstein, y union del ejército del Moldavia al ejército de Volhinia bajo las órdenes del almirante Tchitchakoff. — Órdenes expedidas á los generales rusos de marchar contra los dos ejércitos franceses, que guardan el Dwina y el Dnieper, á fin de cerrarles toda retirada. — Mandato al general Kutusof para que rechace toda negociacion y vuelva á empezar las hostilidades lo mas pronto posible. — Durante este tiempo, sin esperar mucho de la paz, se detiene Napoleon en Moscou por causa de su repugnancia á un movimiento retrógrado, que le debilitaria á los ojos de Europa é imposibilitaria todo trato. — Se inclina al proyecto de dejar en Moscou una fuerza considerable, yendo con el resto del ejército á establecerse á la rica provincia de Kalouga, desde donde alargaria la mano al mariscal Victor, llevado de Esmolensko á Jelnia. — Mientras Napoleon se halla en tal incertidumbre, sorprende Kutusof á Murat en Winkowo, despues de proporcionar á sus tropas descanso y refuerzos. — Brillante combate en que Murat repara su incuria con su bizarria. — Irritado Napoleon marcha contra los rusos, á fin de castigarlos por esta sorpresa, abandona á Moscou, dejando á Mortier con diez mil hombres para guardar esta capital. — Partida de Moscou el 19 de octubre,

después de haber permanecido allí treinta y cinco días.—Salida de esta capital.—Singular aspecto del ejército, arrastrando tras sí inmensa cantidad de bagages.—Llegada á orillas del Pakra.—Ya en este punto, concibe Napoleón súbito el proyecto de ocultar su marcha al ejército ruso, y de pasar, ofuscándole, del viejo al nuevo camino de Kalouga, y de llegar allí sin disparar un fusilazo y sin tener que trasladar gran número de heridos.—Órdenes para este movimiento que lleva consigo la evacuación definitiva de Moscou.—Advertido oportunamente el ejército ruso, se traslada á Malo-Jaroslawetz en el nuevo camino de Kalouga.—Sangrienta y gloriosa batalla de Malo-Jaroslawetz, dada por el ejército de Italia á parte del ejército ruso.—Lisonjeándose Napoleón de penetrar hasta Kalouga, desearia persistir en su proyecto, pero el temor de una nueva batalla, la imposibilidad de llevar consigo nueve ó diez mil heridos, y las instancias de todos sus lugartenientes, le determinan á volver á tomar el camino de Esmolensko, ya seguido por el ejército al dirigirse á Moscou.—Resolución fatal.—Primeras lluvias y dificultades del camino.—Principio de tristeza en el ejército.—Penosa marcha sobre Mojaisk y Borodino.—Escasez que resulta del consumo de los viveres sacados de Moscou.—Atraviesa el ejército el campo de batalla del Moskowa.—Triste aspecto de este campo de batalla.—Se dan á perseguirnos los rusos.—Dificultades con que tropieza nuestra retaguardia fiada al mariscal Davout.—Sorpresas nocturnas de los cosacos.—Ruina de nuestra caballería.—Peligro que el príncipe Eugenio y el mariscal Davout corren en el desfiladero de Czarewo-Zaimitche.—Soldados que no pueden seguir al ejército por falta de viveres y de fuerzas para las marchas.—Formación hácia la retaguardia de una multitud de hombres desbandados.—Movimiento de los rusos para llegar antes que el ejército francés á Wiasma, mientras una fuerte retaguardia á las órdenes de Miloradowitch debe acometerle y quitarle sus rezagados.—Combate del mariscal Davout en Wiasma, á quien atacan de frente y por la espalda los rusos.—Sálvase este mariscal de un gran peligro, por virtud de su energía y del socorro del mariscal Ney.—Extenuado el primer cuerpo de resultas de las fatigas y penalidades sufridas, es reemplazado por el tercer cuerpo, encargado ya de cubrir á las órdenes del mariscal Ney la retirada.—Frios repentinos y principio de padecimientos crueles.—Pérdida de caballos que no se pueden mantener sobre el hielo, y abandono de parte de los carros de la artillería.—Llegada á Dorogobouga.—Tristeza de Napoleón y su inacción durante la retirada.—Noticias que recibe del movimiento de los rusos sobre su línea de comunicacion y de la conspiración de Malet en París.—Origen y pormenores de esta conspiración.—Precipitada marcha de Napoleón sobre Esmolensko.—Desastre del príncipe Eugenio al paso del Vop, durante su marcha sobre Witebsk.—Se incorpora al grande ejército en Esmolensko.—Al saber allí Napoleón que el mariscal Saint-Cir se ha visto obligado á abandonar á Polotsk, que el príncipe de Schwarzemberg y el general Rey-

nier se han dejado engañar por el almirante Tchitchakoff, el cual se adelanta sobre Minsk, se apresura á llegar al Berezina, para librarse del peligro de ser envuelto.—Partida sucesiva de su ejército en tres columnas y encuentro con el ejército ruso en Krasnoe.—Tres días de batalla en torno de Krasnoe y separación del cuerpo del mariscal Ney.—Marcha extraordinaria de este para incorporarse al ejército.—Llegada de Napoleón á Orscha.—Sabe que Tchitchakoff y Wittgenstein se hallan próximos á juntarse á orillas del Berezina y á cortarle toda retirada.—Se apresura á llegar á las margenes de este río.—Grave deliberación sobre la elección del punto por donde ha de pasarse.—En el momento en que se desesperaba de hallarlo, llega milagrosamente el general Corbineau, perseguido por los rusos, y descubre un punto, por donde es posible pasar el Berezina hácia Studianka.—Todos los esfuerzos del ejército se dirigen sobre este punto.—Admirable decisión del general Eblé y del cuerpo de pontoneros.—El ejército emplea tres días en pasar el Berezina, y durante ellos pelea con el ejército que le ataca de frente para estorbarle el paso y con el que le acomete por la espalda para lanzarle sobre el Berezina.—Vigor de Napoleón, cuyo genio entero se despierta delante de este gran peligro.—Heróica lucha y espantosa escena junto á los puentes.—Salvado el ejército por milagro, se traslada á Smorgoni.—Ya allí, y después de reflexionar sobre las ventajas y los inconvenientes de su partida, se resuelve Napoleón á dejar clandestinamente el ejército para dirigirse á París.—Parte el 5 de diciembre en trineo, acompañado por Mr. de Lauriston, el mariscal Duroc, el conde Lobau y el general Lefebvre-Desnoettes.—Después de su partida, la desorganización y el súbito aumento del frío consuman la ruina del ejército.—Evacuación de Wilna y llegada de los estados mayores á Koenigsberg sin un soldado.—Caracteres y resultados de la campaña de 1812.—Verdaderas causas de este inmenso desastre.

Mientras en Moscou acontecian estas cosas, retirado el emperador Alejandro en San Petersburgo, dedicaba á esta guerra sus días y sus noches, y aun cuando hubiese renunciado á ordenar las operaciones sobre el terreno, se ocupaba en dirigir su conjunto, en preparar los recursos para llevarlas á cabo y en dilatar el círculo de ellas con sus alianzas.

Ya hemos dicho que se negó á tratar con los ingleses hasta el día de la ruptura definitiva con Francia, pero que, á contar desde su salida de Wil-

na, esto es, despues del regreso de Mr. de Balachoff, no anduvo ya en vacilaciones, y que, bajo los ojos y por conducto del príncipe real de Suecia, autorizó á Mr. de Suchtelen para firmar el 48 de julio la paz de Rusia con la Gran Bretaña, bajo las condiciones mas sencillas y mas breves, como las de una alianza ofensiva y defensiva, sin ninguna designacion de medios que, abandonados á las circunstancias, debian ser cuantos cupieran en lo posible. Tambien hemos dicho que lord Cathcart, el que habia adquirido en Copenhague una celebridad siniestra, corrió inmediatamente á San Petersburgo, para representar allí á Inglaterra. Bajo los auspicios de este embajador fué preparada y se realizó una entrevista, que era objeto de los ardientes deseos del príncipe real de Suecia. Ser admitido en presencia de Alejandro, recibir testimonios de su confianza, muestras de distincion por su parte, su palabra imperial de ser mantenido sobre el trono de Suecia y galardonado con la Noruega, constituia una verdadera pasion en el nuevo príncipe sueco. Aunque el orgullo de Alejandro padecia singularmente al abocarse con semejante aliado, y aun cuando supiera hacer diferencia entre las familiaridades con un grande hombre como Napoleón y las familiaridades con un favorito de la fortuna como el general Bernadotte, le interesaba tanto asegurarse la ayuda del ejército sueco que consintió en una entrevista, que habia de tener lugar en Abo, punto de la Finlandia el mas próximo á las costas de Suecia. Esta entrevista importaba tanto mas al emperador Alejandro, cuanto que tenia en Finlandia veinte mil hombres de buenas tropas, cuya incorporacion al ejército de Wittgenstein po-

dia ser de la mayor consecuencia, y que habian sido dejados en el Norte del imperio bajo pretexto de concurrir á la conquista de Noruega, segun el tratado de 24 de marzo, si bien realmente para estar en guardia contra una traicion imprevista. Con efecto, á pesar de las instancias del príncipe real para estrechar sus vínculos con Rusia, buenos observadores creyeron descubrir algunas veces sobre su rostro vacilaciones, pesares, cólera mal comprimida, especialmente desde los principios de la campaña no favorables á los rusos, y oyéronle expresar quejas harto amargas porque no se le ayudaba de seguida á conquistar la Noruega. Por estas diversas razones fué aceptada la entrevista y celebróse el 28 de agosto en la ciudad de Abo, delante de lord Cathcart y bajo los auspicios de la marina inglesa, cuyos buques trasladaron al príncipe Bernadotte de las costas de Suecia á las de Finlandia. Apenas llegado éste, fué tratado con las mas delicadas atenciones, pues, cuando la necesidad lo exige, el orgullo ruso truécase de pronto en una deferencia obsequiosa, acompañada de una gracia asiática que no pertenece en tanto grado mas que á esta nacion formidable. Desplegando Alejandro en Abo la amabilidad interesada, que en Tilsit y en Erfurt habia desplegado antes, sin tener ahora otra excusa que la de la política para su decoro, hizo al príncipe sueco la primera visita, prodigóle abrazos, recibió los suyos, y á la verdad obtuvo el premio de su condescendencia, puesto que, poseido el nuevo príncipe de cierta especie de embriaguez, se prestó á todos los arreglos anhelados por Rusia. Se convino en que, en vez de gastar inútilmente las fuerzas de la coalicion en Noruega, pro-

vincia de que se podian apoderar siempre, se llevarian todas las fuerzas disponibles al teatro, donde se iba á decidir verdaderamente la suerte de la guerra; en que se enviaria á las márgenes del Dwina el cuerpo ruso retenido en Finlandia; en que se reservaria el ejército sueco para un desembarque á retaguardia de los franceses; en que, debiéndose efectuar verosímilmente este desembarque en Dinamarca, por sí mismo se proveeria el príncipe sueco de una prenda fácil de trocar mas tarde por Noruega; en que finalmente se emplearian en batir á Napoleón las fuerzas comunes, pues este era el objeto esencial de la guerra y el medio seguro de que el futuro monarca de Suecia conquistara la Noruega. Admitidas estas cosas, el príncipe real dió al emperador Alejandro los mejores consejos, funestísimos para nosotros; consejos sacados de su experiencia, y expresados en el lenguaje de la mas violenta saña. Según dijo á Alejandro, no era Napoleón todo lo que suponía la estúpida admiración de Europa; no era el genio profundo, universal, irresistible de la guerra que se imaginaba; no era mas que un general bullicioso, impetuoso, sin saber mas que ir adelante, y atrás nunca, aunque la situación lo exigiera. En su contra no se necesitaba mas que un talento, el de esperar, para vencerle y destruirle. Su ejército no era ya el que se habia conocido. Se hallaba demasiado compuesto de extranjeros, y sobre todo de reclutas: los generales, que le tenían bajo su mando, estaban cansados de guerras continuas, y no resistiría á la prueba á que acababa de ser expuesto, llevándole á las profundidades de Rusia. Después de haberle metido Napoleón en tal empeño, no sabia retirarle, y para

alcanzar un triunfo completo, solo se necesitaba una cosa, no mas que una, perseverancia. Se perderian una, dos, tres batallas, después las habria indecisas, y tras las indecisas vendrian las victoriosas, con tal de que se supiera persistir y no ceder nunca. Quitad á estos consejos, que el buen sentido inspiraba entonces á todo el mundo, quitadles el lenguaje del odio, y lo demás era verdadero por desgracia.

Persuadido Alejandro de antemano de estas verdades, sintióse mas penetrado de ellas, al oír al príncipe real de Suecia, y se separaron encantados uno y otro, el uno glorioso de intimidación semejante (1), el otro no glorioso, pero sí convencido de que, por poco segura que fuese la fé del nuevo sueco, sin peligro alguno podría retirar sus tropas de Finlandia para trasladarlas á Livonia, resultado á la sazón el mas provechoso que podia sacar de esta entrevista. Mientras el emperador Alejandro se ajustaba así con Suecia, concluía sus tratos con la Puerta, aceptando sus condiciones, por diferentes que fuesen de las que se habia lisonjeado de obtener durante largo tiempo. Después de desistir sucesivamente de la Valaquia, de la Moldavia hasta Sereth, y por último, de la Moldavia toda, no se atuvo definitivamente mas que á la Besarabia, para adquirir al menos las bocas del Danubio, é insistió sobre todo en tener la alianza de los turcos con la intención quimérica, de que ya hemos ha-

(1) No necesito declarar que, cuidadoso siempre de no decir mas que la verdad, tomo estos pormenores de los despachos mas auténticos, unos dirigidos al gabinete francés, otros comunicados al mismo por una corte aliada, que conservó un embajador en San Petersburgo.

blado, de inducirles á invadir las provincias de Iliria, y aun quizá la Italia, juntamente con el ejército ruso. Cansados los turcos de guerra, cansados tambien de sus relaciones con las potencias de Europa, y no queriendo mezclarse con ellas para cosa alguna, hicieron el imprudente sacrificio de la Besarabia, pudiendo conservarla sin mas que unos pocos dias de paciencia, pero se negaron constantemente á toda alianza con Rusia. Solo por este motivo se tuvo en suspenso el tratado de paz ya firmado. El almirante Tchitchakoff, cuyo espíritu ardiente aspiraba á un gran resultado, cualquiera que fuese, al ver frustradas sus esperanzas de invadir el imperio francés en union de los turcos, imaginó otra cosa distinta, la de invadir el mismo imperio de Turquía y propuso á Alejandro marchar en derecha sobre Constantinopla y apoderarse de ella. En el trastorno continuo de Estados, á que se estaba acostumbrado entonces, esperaba que en virtud de los ajustes de la paz inmediata podria quedar esta hermosa conquista á Rusia. Cuando llegó esta proposicion á manos de Alejandro, se conmovió profundamente: su corazon, oprimido por las desdichas de la guerra, dilatose de pronto, y estuvo á punto de ordenar que se emprendiera esta atrevida marcha; pero muy luego la reflexion vino á calmar los primeros ardores del nieto de Catalina. Pensando en sus aliados declarados, Suecia é Inglaterra, en sus aliados ocultos y próximos acaso, Prusia y Austria, temiendo disgustar mortalmente á todos y alejarlos de su lado, si se atrevia á poner la mano sobre Constantinopla; conociendo la dificultad de marchar á esta capital con cincuenta mil hombres á lo sumo, la imprudencia de invadir

el territorio ageno, cuando estaba invadido el propio, el grau provecho que se podria sacar de estos cincuenta mil hombres uniéndolos á los treinta mil de Tormazoff, para llevarlos sobre los flancos del ejército francés, retuvo á su temerario amigo el almirante Tchitchakoff, y sin embargo, en vez de darle una orden positiva, pues tanto le costaba la renuncia temporal á estas miras hereditarias, le recomendó mas bien que le mandó el aplazamiento de estos magníficos designios sobre Constantinopla, la terminacion de todo con los turcos, y su pronta marcha á Volhinia, donde se le aguardaba dentro de pocas semanas.

(1) Esta proposicion del almirante Tchitchakoff es ciertamente una de las circunstancias mas curiosas de la historia moderna, y no la referiríamos, sino tuviéramos certidumbre de ella. Habiendo podido proporcionarnos, no por la familia del almirante establecida en Paris, sino por comunicaciones emanadas de otras fuentes, la correspondencia personal del emperador Alejandro con el almirante Tchitchakoff, citamos el documento siguiente que no deja ninguna duda sobre el hecho que aseveramos.

El emperador Alejandro al almirante Tchitchakoff.

Liakow cerca de Polotsk 6 (18) de julio de 1812.

«Iba á enviaros mi respuesta á vuestra carta de 26 de junio (8 de julio) cuando recibí vuestro despacho del 29 (11). Quería aprobar todas las disposiciones que tomásteis hasta el 26, y daros para obrar carta blanca: no obstante, confieso que vuestra carta del 29 me embaraza para la decision que tengo que comunicaros. Muy vasto es el plan y muy atrevido, pero ¿quien puede responder de su buen suceso? Entretanto nos privamos del efecto que vuestra diversion podria causar sobre el enemigo, y generalmen-

Tales fueron los ajustes políticos concluidos por Alejandro con los que podian ayudarle y con los que hubieran podido crearle estorbos. De vuelta en San Petersburgo despues de la entrevista de Abo, recibió la noticia de la batalla del Moskowa, tomóla al principio por un triunfo, envió al príncipe Kutusof el baston de mariscal, un regalo de 100,000 rublos, (10,000 francos) para él, y de cinco rublos para cada soldado y ordenó que se dieran acciones de gracias al cielo en todas las iglesias del imperio. Mas pronto supo la verdad é indignóse de la imprudencia de su general en jefe, sin atreverse á pesar de todo á ponerla de manifiesto, pues se aprovechaba de una mentira que sostenia el corazon de sus súbditos: despues experimentó una sensacion profunda al saber la toma de Moscou, y la catástrofe de esta ciudad sacrificada á los dioses infernales de la guerra y del odio. Inmensa fué la impresion que hizo en todo el imperio, con

te nos privamos por muy largo tiempo de la cooperacion de todas las tropas que militan bajo vuestro mando, llevándolas hácia Constantinopla.

»Sin hablar ya de la opinion general ¿no vamos á añadir embarazos á los que nos rodean al presente, chocando tanto con nuestros compatriotas como con nuestros aliados los ingleses y los suecos de resultas de determinacion semejante? Los austriacos que á la sazón no se presentan en la lucha mas que con treinta mil hombres, viendo amenazado el imperio otomano hasta en sus cimientos, se verán obligados, sino por su propia voluntad, de seguro por la del emperador Napoleon, á hacer marchar todas sus fuerzas para impedir tales resultados, y entrando en la Moldavia y la Valaquia, pondrán en los mayores apuros á vuestra retaguardia y aun á las fuerzas con que marchais sobre Constantinopla. Si la diversion á que pareceis determinado del todo en vuestra carta del 26 de junio (8 de

especialidad en San Petersburgo, debiéndose decir que en esta segunda capital igualó el miedo á la pesadumbre.

San Petersburgo, creacion artificial de Pedro el Grande, ciudad de empleados, de gentes de córte, de comerciantes, de extrangeros, no era á semejanza de Moscou el corazon de Rusia, sino mas bien la cabeza, cabeza llena de ideas tomadas de fuera. Al principio habia deseado la guerra, cuando no vió en ella mas que el restablecimiento de las relaciones mercantiles con la Gran Bretaña; mas, al descubrir una larga serie de sacrificios y de peligros, no la queria ya tanto. Tambien achacaba sus infortunios actuales á aquel sistema de retirada indefinida, que habia llevado á los franceses hasta el centro del imperio: acusaba á los genera-

julio) halla ahora tantos obstáculos en vuestro concepto, quizá habria que tomar una determinacion mas prudente que todas y que podria producir resultados no menos provechosos. Se reduciria á cangear las ratificaciones, contentarse por ahora con esta paz sin exigir imperiosamente la alianza, y trasladar todas las fuerzas á vuestras órdenes por Holting y Camenisk-Podolsk hácia Doubna, donde seriais reforzado por todo el ejército de Tormazoffi, al cual daria yo orden de entregaros el mando, enviándole á mandar á Kiew, y con este ejército imponente, compuesto de ocho ó nueve divisiones, marchar sobre cuanto encontrarais delante por el lado de Varsovia, y producir una diversion eficazísima para los dos primeros ejércitos que tienen delante fuerzas muy superiores. Creo que solo se puede elegir entre estos dos planes, ó el de la diversion hácia la Dalmacia y el Adriático, ó por la Podolia del lado de Varsovia.

»Mas tarde puede ser reproducida la historia de Constantinopla. Luego que marchen bien nuestros asuntos contra Napoleon, podremos volver á vuestros etc.»

les de traición ó de cobardía, al emperador de flaqueza, y se vengaba de los terrores que padecía con un lenguaje amargo y violento hasta lo mismo. No podía el general Pfuhl asomar por las calles sin exponerse á ser insultado. Por el contrario el general Paulucci, considerado como contradictor suyo, era acogido con las mas lisonjeras demostraciones.

Universalmente estaba divulgada la idea de que Napoleon marcharia muy pronto de Moscou á San Petersburgo, y ya se hacian preparativos de partida. Porciones de objetos preciosos eran encaminados á Arcangel y á Aho. Sobre la conducta que debia seguirse, los pareceres andaban discordes. Guerra á muerte querian los espíritus fogosos, y no se recataban para decir que, si desmayaba Alejandro, habria que destituirle y que elevar al trono á la gran duquesa Catalina, su hermana, esposa del príncipe de Oldenburgo, aquel de quien Napoleon habia tomado el patrimonio, princesa hermosa, de capacidad no escasa, emprendedora, reputada por enemiga de los franceses, y residente á la sazón donde su marido, gobernador de las provincias de Twer, de Jaroslaw y de Kostroma. Al revés los espíritus mas templados propendian á que se aprovechara una coyuntura para entrar en ajustes. Les espantaba ver á los franceses en San Petersburgo, y al emperador fugitivo hácia Finlandia, provincia dudosa, ó hácia Arcangel, provincia situada junto al mar Blanco. La emperatriz madre, aquella princesa tan altiva, tan poco favorable á los franceses, asustada de los peligros de su hijo y del imperio, sintió desfallecer su corazón de pronto, y volvió á la idea de la paz, como tambien el

gran duque Constantino, que habia abandonado el ejército despues de la pérdida de Esmolensko, y pensaba que convenia limitarse á una de aquellas guerras políticas que se terminan, despues de perder dos ó tres batallas, con un tratado mas ó menos desfavorable, y no venir á parar á una guerra destructora, como la que sostenian los españoles ya hacia cuatro años contra Francia. Lo mas extraño era que el mismo Mr. Araktchejef propendia á la paz, siendo recientemente uno de los mas enérgicos parciales de la guerra á cuchillo. Mr. de Romanzoff, silencioso desde que las nuevas intimidades con Francia habian desmentido tan cruelmente su sistema, y que ya se hallara totalmente alejado de los negocios, si desgraciando al representante de la política de Tilsit no pareciera que Alejandro se condenaba á sí mismo, habia recobrado la voz para hablar de paces. Sin embargo, los gritos de guerra habian cubierto estas timidas palabras de reposo, y especialmente los emigrados alemanes, que habian ido á buscar un albergue en Rusia y á pedirle que se pusiera al frente de la insurrección europea, viendo próxima á sucumbir su causa, duplicaban esfuerzos y súplicas para alentar á la familia imperial á la resistencia. Mr. de Stein al frente de ellos mostrábase el mas vehemente y mas firme. En medio de este conflicto entre el odio y el miedo, la agitacion era general y profunda.

Alejandro tenia el corazón afligido por las desgracias actualmente irreparables de Moscou, por las desgracias posibles de San Petersburgo, no estaba muy seguro de poder salvar la capital esta, y quizá desmayara, tanto era su quebranto, si no le sostu-

viera su orgullo hondamente herido. Imposible le parecia rendir otra vez mas su espada á aquel imperioso aliado de Tilsit y de Erfurt, por quien habia sido tratado tan desdenosamente. Tenia el noble orgullo de preferir la muerte á una humillacion semejante, y decia en el seno de la confianza que él y Napoleon no podian ya reinar juntos en Europa, y que era menester que uno ú otro desapareciera de la escena del mundo.

Por lo demas, entre este caos de opiniones divergentes, afectado por la timidez de los unos, ajado por el ardor casi insultante de los otros, cansado del tumulto de todos, se habia ocultado á los ojos del público y tomado en silencio la resolusion irrevocable de no ceder de ninguna manera. Un instinto secreto le decia que, llegado á Moscou, corria Napoleon mas peligros que hacia correr á Rusia, y ademas el invierno, ya cercano, le parecia un aliado que muy en breve cubriria con un escudo de hielo á San Petersburgo.

Fija ya su resolusion, adoptó las providencias consiguientes. Pronto podia hallarse la flota rusa de Cronstadt encerrada en los hielos y expuesta á ser presa de los franceses; y asi determinóse al sacrificio penoso de confiarla á los ingleses. Hizo llamar á lord Cathcart, le confesó sus aprensiones, declaróle al par sus resoluciones irrevocables y le dió la prueba mas inequívoca de ellas, pidiéndole que tomara en depósito la escuadra rusa con todo cuanto tenia á bordo, y diciéndole que la confiaba al honor y á la buena fé de la Gran Bretaña. Ufano el embajador británico de semejante abertura, prometió que el depósito seria fielmente guardado y la escuadra rusa recibida con la mas cordial hos-

pitalidad en los puertos de Inglaterra. Alejandro ordenó que se hiciera á la vela, cargándose á bordo lo mas precioso y encaminándola hácia el Gran-Belt para que saliera del Báltico á la primera señal, bajo la escolta y proteccion del pabellon de la Gran Bretaña. Dirigidos fueron á Arcangel otros objetos pertenecientes á la corona, sobre todo en materia de papeles de Estado.

A estas precauciones, tomadas para el caso de nuevas desventuras, añadió Alejandro otras mucho mejor entendidas, y cuyo resultado probable debia ser que sucediera el triunfo á la derrota. De acuerdo se acababa de poner con Suecia para el envio á Livonia del cuerpo de ejército del general Steinghel, que hasta entonces estuvo retenido en Finlandia. Se convino en que la mayor parte de este cuerpo, trasladada por mar de Helsingford á Revel, iria por tierra á Riga, para juntarse allí al conde de Wittgenstein, lo cual proporcionaria á este una fuerza total de sesenta mil hombres. Tambien fijó sus resoluciones definitivas respecto del ejército del almirante Tchitchakoff, y renunciando á todos los planes seductores, si bien actualmente funestos, que le habian sido presentados, expidió al almirante órden formal para trasladarse á Volhinia, juntar allí las tropas del general Tormasoff bajo su mando, con las cuales debia componer un ejército de setenta mil hombres, y de remontar el Dnieper para concurrir á un movimiento concéntrico á retaguardia de Napoleon de los ejércitos rusos. Entre las ideas emitidas por el general Pfuhl de continuo, se contaba una que habia llamado particularmente la atencion de Alejandro, y era la de operar sobre los flancos y la retaguardia del ejérci-

to francés, luego que se le hubiese atraído á lo interior del imperio. Esta idea, prematura en julio cuando Napoleon estaba en Wilna, prematura aun cuando se hallaba entre Witebsk y Esmolensko, y en aptitud de desbaratar todas las tentativas preparadas sobre sus flancos, venia á ser muy oportuna, y podia producir grandes consecuencias en octubre, cuando estaba en Moscou. Efectivamente ahora ó nunca era el caso de caer sobre su linea de comunicacion, pues se encontraba muy lejos del punto de partida, sus tropas no habian adquirido un ascendiente decidido en ninguna parte, y si el conde de Wittgenstein abundantemente reforzado lograba rechazar al mariscal Saint-Cir del Dwina y adelantarse entre Witebsk y Esmolensko, al agüero mismo por donde Napoleon habia pasado para marchar sobre Moscou; si el almirante Tchitchakoff, dejando un cuerpo delante del principe de Schwarzenberg para contenerle, remontaba con cuarenta mil hombres el Dnieper y el Berezina, para dar la mano á Wittgenstein, podian unirse junto al alto Berezina uno y otro y recibir á la cabeza de cien mil hombres á Napoleon, cuando volviera de Moscou extenuado por una larga marcha, acosado por Kutusof y expuesto á ser cogido entre dos fuegos.

Inducido el emperador Alejandro á estas miras de resultas de sus conversaciones con el general Pfuhl, alentado á perseverar en ellas por su ayudante de campo piemontés Michaud, encargó á Mr. de Czernicheff que se dirigiera adonde estaba Kutusof para hacer que las pusiera en planta, y las comunicara al almirante Tchitchakoff de seguida, y se trasladara por último cerca de Wittgenstein

con el propio objeto, y corriera sin cesar de uno á otro hasta conseguir reunirlos y que concurrieran á la misma empresa. Con semejantes miras no podia Alejandro responder á las aberturas de Napoleon de una manera favorable. Asi desde que tuvo noticia de ellas, resolvió no escucharlas. Sin embargo causáronle satisfaccion muy viva, como que daban nuevo testimonio de los apuros que en el seno de Moscou empezaban á experimentar los franceses, apuros que le presagiaban, no solamente la salvacion de Rusia, sino tambien su triunfo. Con todo importaba retener á Napoleon en Moscou lo mas posible, pues, si salia de alli muy pronto, podria volver sano y salvo, y asi determinó Alejandro hacerle aguardar su respuesta, sin permitirle sospechar en que sentido se la daria. Consiguientemente á los proyectos manifestados, Mr. de Czernicheff partió para el campo del generalísimo Kutusof, y le comunicó el plan adoptado de guardar silencio, contemporizar, aguardar los progresos de la mala estacion, y preparar entretanto á espaldas del ejército francés una reunion de fuerzas abrumadora. Sobre esto nada habia que decir, nada que aconsejar al viejo Kutusof, que mejor que nadie en Rusia comprendia este sistema de guerra, y era capaz de ejecutarlo con buen suceso. Por tanto admitió sin discusion un plan, que era la continuacion de sus ideas y ademas la justificacion de toda su conducta.

Mientras Napoleon era blanco de estos cálculos formidables, consumia su tiempo en Moscou, dedicándose á las ocupaciones que hemos descrito, esperando las respuestas que no llegaban, y siguiendo las oscilaciones comunes de todo espíritu

agitado, cualquiera que sea, tan pronto creia lo que deseaba, esto es la paz, como dejaba de creerlo, sin mas razón que la de haberlo creido un instante, si bien las mas veces desesperaba de conseguirla, fundándose para no contar con ella en el incendio de Moscou, en este acto, que revelaba un patriotismo furioso, y en el silencio del emperador Alejandro, quien debia haber recibido ya hacia mucho tiempo las primeras aberturas trasmitidas por Mrs. Toutelmine y Jakowleff. De consiguiente se decia que era forzoso tomar un partido y tomarlo pronto, y se preparaba á ello mucho antes de que las palabras comunicadas al general Kutusof el 3 de octubre pudieran recibir respuesta. Magnífico era el tiempo, de una pureza y una suavidad extremadas. Jamás en nuestros climas de Francia habia heroseado otoño mas sereno las campiñas de Fontainebleau y de Compiègne. Pero cuanto mas seductor el tiempo tanto mas debia ser seguido de una reaccion pronta y completa y tanto mas convenia pensar en retirarse. Con descanso y alimento abundante se habian repuesto los soldados de infantería, y respiraban salud y confianza. Llegado habian, ademas de la division italiana de Pino, del cuerpo del principe Eugenio, y de la division de la Joven Guardia de Delaborde, cierto número de heridos de la jornada del 7, restablecidos de sus heridas, y algunos batallones y escuadrones de marcha. De consiguiente ascendia el ejército á cien mil hombres de todas armas, verdaderamente bajo banderas, con seiscientas bocas de fuego perfectamente municionadas. El respetable general Lariboisiere, que habia perdido en el Moskowa un hijo ante sus ojos, y á quien su profundo

dolor no impedia llenar sus deberes con la actividad de un mancebo, no veia con gusto esta masa de artillería, y hubiera preferido tener menos cañones y mas municiones, porque sabia con cuanta rapidez se habian consumido en esta guerra, y con cuanto trabajo habria que arrastrar detrás de sí un aprovisionamiento proporcionado al número de bocas de fuego. Pero Napoleón, haciendo memoria del efecto producido por la artillería en el Moskowa, previendo que pronto le faltarian hombres, y lisonjeándose de suplir á la fusilería con la metralla, persistia en sus resoluciones. Hizo coger todos los pequeños caballos del país, llamados *cognados* para los carros privados de tiros, y con estos recursos esperaba superar las dificultades que preocupaban al general Lariboisiere. De suerte que en el ejército se hallaba todo en buen estado, salvo los medios de transporte. Mientras rebosaban salud los hombres, desprovistos los caballos de forrages, estaban flacos, flojos y en situacion que inspiraba las mas vivas inquietudes. Tristísimo aspecto presentaba la caballería, junta casi toda á las órdenes de Murat delante del campo de Taroutino. Acampado Murat en una llanura, detrás del riachuelo Czerniczna, mal cubierto sobre sus alas, y mal protegido por el armisticio verbal que no observaban los cosacos, veíase obligado á tener su caballería siempre en movimiento, lo cual, unido al alimento detestable, compuesto de la paja podrida que cubria las chozas, contribuia á aniquilarla. Por via de socorro envió Napoleón á Murat algunos forrages y autorizacion para replegarse sobre Woronowo, en mejor posicion, á siete ú ocho leguas detrás del enemigo. Pero, previendo Murat un movimiento